

A black and white portrait of a man with a mustache, wearing a wide-brimmed hat and a suit, looking slightly to the left. The man has dark hair and a prominent mustache. He is wearing a dark suit jacket over a white shirt and a dark tie. The hat is dark and has a wide brim. The background is a plain, light color. The image is framed by a dark border.


 POR
 LUIS HUIDOBRO

30 céntimos

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V. — 11 de Agosto de 1911. — NUM. 241

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos.

PERFUMERÍA "IDEAL BOUQUET,"

Gran surtido en perfumería nacional y extranjera

ULTIMAS NOVEDADES

Especialidad en la fabricación de Aguas de Colonia.

Tipos: Ambarada y Violeta, 6,50 ptas. litro; Azahar y
Lilas, 5,50; Hierba luisa, 4 ptas; Odoria, 2,50

Polvos de arroz FÉMINA, especiales para cutis
delicados

CALLE DEL PRÍNCIPE, 3 - MADRID - CALLE DEL PRÍNCIPE, 3

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y quitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN VELASCO Y C.º

MADRID, Calle de Alcalá. 7, MADRID

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.
Pesetas, CINCO el frasco

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Rechácese toda caja que no sea de esta y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martin Velasco y Comp.º

LEASE BIEN EL PROSPECTO

Cayetano Fernández

Recibe en México Cuento Semanal y admite suscripciones para éste y demás periódicos españoles, dentro y fuera de la capital.

3.ª Bolívar, 33

Apartado 1.658

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

RABOS DE LAGARTIJAS

Ayuntamiento de Madrid POR F. SERRANO DE LA PEDROSA

UN DROGUERO A "SIETE PICOS,"

*Cumbres del Guadarrama
calles serranas.....*

I

Bonita y menuda; maja como una oropéndola; de cuerpo cenceño y cimbreante y divina de línea, como soñada por un asceta, tiene mi chiquilla en la cara dos ojos entornados y risueños, dos ojos de gata perezosa que son el alma del deseo y la más preciada maravilla del Universo. Son dos o..... bueno; vamos por pasos.

Habíamos convenido ir á la Sierra: yo, Perico Pérez y Gómez, su adjunta, la Manolita, pimpollo de divina gracia, hecha á imagen y semejanza de la virgen de Murillo—pero en moreno—, manojito de fragancias madrileñas y...—; válgame el lirismo!—ustedes dispensen, siga...; Pepito Cazorla, el tipo más serio del mundo; dos amigos míos de la Gimnástica; la novia de uno de ellos—Rosa—, varonil muchacha, de la casta de Picio, y el zoquete de Anastasio, un mezállon como un olmo y más soso que una pava. Y digo convenido y mal dicho, porque lo que, en realidad, habíamos hecho, sobre todo yo, fué engatusar á Holofernes, para que nos acompañara en la excursión, pagara los gastos y sacara al sol, para que la viéramos de día, á su cónyuge, la divina Rosarito.

Figuraos un hom..... pero esto merece capítulo aparte.

II

Figuraos un hombre ventruco, de figura achaparrada, cuya cabeza posee dos ojuelos grises y una nariz rojiza. Sabed, por si no bastase para su retrato, que este semejante es droguero.

Veis conforme se va por la calle de la Fe, á mano derecha, subiendo por la calle del...—guarda Pablo—¿no lo veis, verdad? Bueno, pues hacia la mitad de esta calle, en una casa bajita, con

tejado casi plano y verdinegro, se abre en la fachada, y á ras del suelo, un boquete que viene á tener, aproximadamente, una forma rectangular. Sobre el dintel reza un rótulo lo siguiente: *Drogueria ú Herbolario*, y en las puertas adosadas á la pared, en una: *Se Benden Sanguijuelas*, con su dibujo ó pintura correspondiente—una pecera con tapadera de pergamino y los políticos animalitos dentro—y en la otra puerta, colgado de una pequeña escarpia, un cartel que dice «las maravillas destructoras de unos polvos para matar las chinches y demás ralea parasitaria, mucho mejor y más rápidamente que con revólver». Trasponiendo el umbral del establecimiento, que en sí nada tiene de peculiar, si no es la mugre y un si es ó no es obscuro, hallamos la trastienda, digna por todos conceptos de la más acabada descripción. Figuraos, si queréis, un cuartucho, bajo de techo y como de seis metros de superficie, que tiene en el centro, cuarta más cuarta menos, una camilla arropada con sus faldellines, cubierta con un trapo, que debió ser hule en tiempos de la primera mujer del droguero—según pregonan algunos rodales que han resistido á la acción del tiempo—, y en torno de este ¿mueble? unas sillas en las cuales, sentándose con cierta parsimonia, no hay peligro para las posaderas. Si á esto unís la imprescindible botella para el agua y un cenicero de hojalata con el anuncio de un no sé qué medicinal, tenéis los factores más importantes que dieron lugar á esta verídica historia, en la que ni la más leve coma está puesta por imaginación. Como cómplices, además de los amigos, fueron las barricas de la potasa, alguna bombona de ácido, cajones con sales, frascos con esencias ó barnices, paquetes con gomas ó resinas, manojos de hierbas, y las mil porquerías, en fin, necesarias á la civilización.

El traer á cuento y descripción este cuartucho

débese á que durante un menguado invierno, incubó en su seno, como en las tenebrosidades del capullo se incubaba la larva, un amor culpable, que vino á convertirse en flor alada, en bella crisálida de pasión sobre las cumbres del Guadarrama en un bello día de sol, y... ¡Válgame la impaciencia, ya iba á contaros lo que no debe decirse hasta el final en toda historia: el desenlace; ¡por vida de...!

Holofernes era de estirpe noble por sus cuatro costados, y en línea recta descendiente de un casi santo, según él probaba á cuantos dudaban de su abolengo con cartas, especialmente una, que conservaba como ejecutorias de su nobleza, dirigida por un abuelo suyo, difunto, á su padre, que era espiritista, y falto de pruebas en su tiempo para convencer á sus amigos, hubo de solicitarla, valiéndose de un médium, y cuyo texto, leído por mí, dice... *é hizo la fortuna piadosa y santamente, puesto que él fué durante luengos años, el abastecedor de la leña que nuestra Santa Madre Iglesia necesitó para quemar herejes, cuando se hacían aquellas grandes piras en las plazas públicas en presencia de los reyes, nuestros señores, y hoy sentado está á la diestra de Dios Padre en recompensa de sus servicios...*

Y en otro párrafo... *infinidad de veces se ha aparecido á tu tía la superiora de las Huelgas en traza de carbonero para que le reconociera y le ha dicho: ¡estoy en la Gloria!*

Bueno, pues esta carta y hasta medio centenar de miles de duros, fueron el señuelo con que cazó el droguero á la alondra de la calle de los Abades, Rosarito, prisionera hasta entonces por humorismo de la vida en un zaquizami interior de piso bajo con vistas al patio; y estos miles, esta carta y esta moza, fueron más tarde motivo para mi amistad con el marido, mis visitas á su tertulia doméstica y ocasión de mis primeros versos, ¡que Dios confunda!

Os he de hacer merced de las primeras escenas de mi amor con la droguera, por lo mismo que no vienen á qué en este relato y porque estoy dominado por la vena de las confidencias.

Además, el secreto y el recuerdo me son cargas inútiles que necesito dejar en cualquier parte, y he aquí dónde las encajo. Luego que ¿quién de vosotros, ¡oh, lectores!, no siente una pequeña comezón por las vidas ajenas? No sé quién ha dicho que «las historias vividas no interesan á nadie», olvidando que esto que llamamos vida es un corrillo de comadres donde el más sabroso manjar, es lo más vivo sangrante.

Si supierais vosotros que esta relación de sucesos era una patraña imaginada por mí, como tantas otras que andan por el mundo impresas en los papeles, ¿os gustaría tanto como os está gustando? ¡Claro que no!...

*
* *

Venía yo de correr las estaciones, ó lo que es lo mismo, de buscar el director de periódico

lo bastante olvidado de su negocio que quisiera publicar versos míos y pagármelos, cuando al embocar en la calle Mesón de Paredes, por la entrada del Progreso, veo venir hacia mí una mocita, no más alta que debió ser la majita desnuda que pintó Paco Goya; pero con cara de verdad, no de careta como aquélla, y se me ocurre decirla:—*Usted y yo, vamos á dar que decir un día de estos*; oírlo ella y soltarme el escopetazo, todo fué uno; ¿por quién me ha tomado usted, so tronao? Está de Dios que no puede una salir á la calle... cuidado que hay tíos... que le conste que soy una señora honrada... y todo esto á gritos, manoteando, qué sé yo... Me deshice en excusas, que ella no escuchó, y cuando buenamente pude, escurri el bulto, más *abroncao* que uno que pide justicia, y me perdí en la sombra, calle abajo, meditando en los males que acarrea el entusiasmarse sobradamente con las señoras cuando el traje que uno lleva no lo toman en el Monte.

Inmediatamente tras de mí venían dos comadres dándole á la sin hueso. Me fijó en lo que hablaban, y una de ellas decía:

—Mire usted, señá Luisa; la he conocido, aún no *hará* dos meses, con un trapo atrás y otro *alante*; pero, ¿qué quiere usted, hija?, en fuerza de ir días y días por colorete, por vaselina *perfumá* y por fécula de patata, pues el droguero ha caído como un quinto.

—Pues no crea usted—contestó la otra—que va ella á gusto en el machito; porque el hombre, y hace *mú* bien, no la deja ni á sol ni á sombra; hoy no sé cómo será que va sola...

—Le debe estar comiendo por un *costao*, que va *fardá* la moza de no te *menés*.

—Pos mire usted, de lo suyo come, que si fuera decir que era un arrimo; pero ha sido más lista que esas y no ha habido de qué sin la bendición del cura.

—Y más ansiosa, porque, después de *too*, casarse es venderse más cara.

—Qué cosazas tié usted, señá...

Yo me cambié de acera, porque, como buen intelectual, la franqueza me molesta, y las dos mujeres fueron juntas hasta la plaza del Avapiés y allí, una siguió por la calle de la Fe, y yo tras ella y la otra se perdió en la lobreguez de un portal.

Iba yo sin saber cómo abordar á la comadre, cuando oigo que el droguero que hay en la calle de..., la dice:—Vaya usted con Dios, señá Luisa; siempre ha habido ricos y pobres, pasándola por frente á los ojos, con la disculpa de accionar, la mano gordezuela enjoyada hasta las uñas.

—¡Calle usted, señor Holofernes!, no había reparao...

Allí quedaron; no quise oír más; este es el marido de la otra, como yo soy el poeta más desdichado del mundo, dije para mi ánima. Asombrado de mi clarividencia, miré en torno mío, pero no hallé á quien revelar mi descubrimiento y



con quien lucirme; ¡fué lástima! No hemos de seguir paso á paso los que yo dí para el logro de mis propósitos con la droguera, pero sí conviene saber que hacia la mitad, un poco corrida, del mes de Marzo, era yo el íntimo de la casa, aunque aun no pudiera jactarme todavía serlo de la señora. Yo he atribuido siempre esta tardanza á la Literatura; les diré por qué.

Yo, como las cuatro quintas partes de los hom-

bres, aquí para entre nosotros, sabía de aventuras las que cuentan los libros y esperaba bonitamente que el ardor sexual que suponen los literatos en la mujer, tuviera su eclosión en Rosario de un momento á otro. Pronto me convencí de mi error; á ella, como á todas las mujeres, le importaba yo como hombre, lo que el droguero, y el droguero, el mismo que Adonis en persona, y lo mismo que todos los hombres. Cuando cam-

bié de táctica, elogiando á troche y moche sus perfecciones; cuando la saturé de adulación; cuando se hinchó de vanidad; cuando abandoné los argumentos literarios... y la dejé dominarme y empequeñecerme; cuando se creyó el Icono mío, el ídolo, el tirano que jugaba con mi pasión y avivaba la brasa de mi carne; cuando no creí á la mujer capaz de amar, y si de dejarse amar, vencí, si vencer se puede llamar, á la dádiva de un cuerpo, cuyo espíritu ó no piensa en nada ó piensa en otra cosa. Pero—lo que es la imaginación meridional—, no vayan ustedes á creer que esto del vencimiento fué hasta entrado el mes de Junio, ni tengan muy en cuenta el anterior comentario filosófico, que los hay que fallan, ni supongan ustedes que deja de ser interesante lo que falta del relato, donde se cuenta con pormenores sabrosísimos cómo aconteció, sus consecuencias, y el por qué alzaré la Tradición, pasando los siglos, sobre su base efímera y humana una leyenda.

III

Nos reuníamos en la trastienda del herbolario las noches del invierno, algunos amigos míos, que ya he nombrado, el alquimista, su señora, una joven del tercero, chalequera, su madre y dos jóvenes vecinas: la una, mujer de un guardia, y la otra, devota de la Virgen de la Paloma y maestra de entrefino en la Fábrica de Tabacos.

En torno de la desvincijada camilla acomodábamos nuestros cuerpos y con los faldellines verdes cubríamos nuestros muslos. Las piernas se perdían en el antro ó panza de dicho mueble, cuya tabla inferior acomodaba en su alvéolo el brasero. ¡Brasero digno de ser cantado por Homero!; él daba á nuestros cuerpos ateridos el goce inefable de su calor discreto. Yo tengo, sin embargo, cierta prevención contra los braseros de camilla; á su calorcillo enervante atribuyo la letal modorra, el entornar de ojos, la impaciencia y nerviosidad que llega á apoderarse de las personas sometidas á su influjo y á su cuenta cargo lo lacios y carilargos que nos vimos, casi todos los muchachos, cuando tuvimos la comodidad de contemplarnos haciendo comentarios de nuestras veladas invernales, un bello día de sol, de hojas nuevas y nubes blancas.

*
**

¿Qué cómo fué lo de ir á la Sierra? Pues... verán ustedes...

Holofernes Caballero, aunque no muy viejo, era endeble; su vida sedentaria, su naturaleza sebacea, su arquitectura ósea, insignificante; todo conspiraba contra él; tenía esa palidez enfermiza, lechosa, de las esposas del Señor, los mancebos de botica y las velas de sebo. Como protesta contra esta sinfonía en blanco, estaba la nariz, nariz de bebedor, nariz satinada, donde

las venillas capilares ponían la urdimbre de su dibujo rojizo. Todo esto viene á cuento de que ustedes me digan si un semejante con estas condiciones físicas, debe pensar en alpinismo, y si no está puesto en razón que nos *canedramos* de él.

Empezó la cosa, por nada; que si yo hago lo que ustedes, que subo donde suban, que torna, que vuelve... Ni yo mismo sé cómo se enredó... ¡Ah, sí!... Fué, me parece, el veintitantos de Mayo... sí... eso es... el veintisiete... Estábamos Perico Pérez, Pepe Cazorla, la chalequera..., la señora de Holofernes, yo y no me acuerdo quien más. ¡Bueno, el droguero, eso por de contado! Estábamos, digo, en la tienda, antes de cerrar, domingo era por cierto, serían las once y media de la mañana, indecisos si sacar ó no los billetes para la corrida de la tarde, porque el día amenazaba agua, cuando se le ocurre á doña Rosario decir:—A la corrida, Caballero, no va—por su marido.

—Caballero, si va—contesta airado el droguero, á quien ponía de un temple de dos mil demonios que su señora le nombrara por el apellido, y además pusiera en duda su resistencia ante los rigores é inclemencias del tiempo.

—¡Ay, hijo, no eres tú *súpito*! ¡Por mí, como si quieres meterte á anfibio! La culpa se tiene una que mira por vosotros.

Y alzándose de la silla, con torbo ceño y pausado andar, se internó en la trastienda, tomó la escalerilla de caracol que conducía al entresuelo, y sólo quedó tras ella el ambiente saturado con el hálito de mujer, como dicen las viejas que lo deja el diablo saturado de azufre.

Todos, es claro, dábamos la razón al droguero, no en balde allí era el amo, y procurábamos templar la situación con las frases de rigor en estos casos. Yo propuse subir á desagrar á Doña Rosario, y su marido, que no deseaba otra cosa, hizo como que se dejaba llevar, y la procesión, en la que pusimos al droguero á la cabeza, por lo que pudiera tronar, se encaramó escalera arriba.

Al que más y al que menos le retozaba la zumbona risa por el cuerpo, aunque todos lleváramos cara de entierro. Cuando Rosarito nos vió llegar, supuso, por lo que yo sé, que de mí había partido la fineza, y, ó poco leo yo en los ojos de una mujer, ó ella me dió las gracias con el alma puesta en los suyos.

Fuera, en la calle, caía un chaparrón diluviano.

—Señores—hube de proponer—, si á ustedes les parece, esta tarde podemos reunirnos los amigos, dejar los toros, armar una partida de *mus*, y concertar lo de la excursión á la Sierra, para el primer domingo de Junio, dando palabra á Doña Rosario que cuidaremos de su marido...

—¿No pensarán ustedes ir solos?—contestó ella, á menos que les estorben las señoras.

—Aquí hay otra que se *adhiere*—dijo la chalequera, dirigiéndose á mí—, y en el *tayer* cuen-

te usted con dos amigas mías, muy modositas, que visten de *chipén*, y que están con la mar de ganas de ir.

—Encantaos, hija; digo, si Holofernes no se opone.

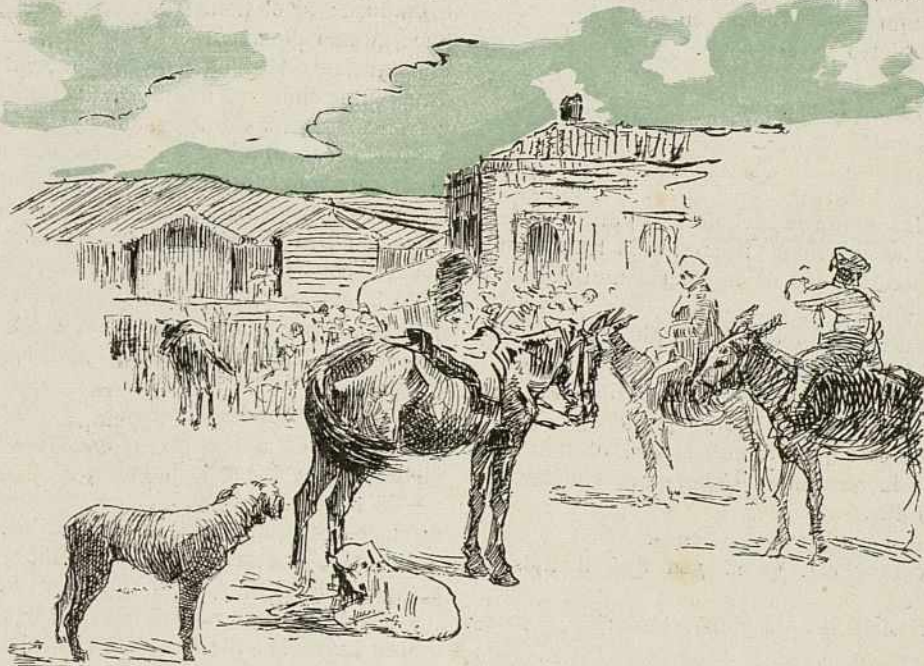
—Yo que me he de oponer, hombre, que me he de oponer.

—¡Mi marido oponerse! Sí, sí.

—¡Vas á hacer creer á éstos que soy un monstruo de liviandad!

—Yo no sé si serás *monstruo* de esos, pero que

tras carnes morenas, ondulantes mujeres fell-nas, las de casco de pelo negrísimo, con reflejos de acero, las de ojos quietos y negros! ¡Oh mujeres! Acordaos de los hampones poetas hermosos; ellos son de por vida los desterrados de vuestro amor. ¡Eternas Dannaes! ¡Sempiternas drogueras! Acordaos de ellos, y de mí no olvidaros, siquiera sea en el rango de segundón, ya que Dios no quiso que naciera rico, tenor, jorobado, ni torero; gracioso, matón ó imbécil, aunque habéis de saber que nosotros, sólo nosotros,



en cuanto ves una escoba con faldas bebes los vientos... eso... ni que decir tiene...

—Señora—dijo Pepe Cazorla metiendo baza—, el hombre no trae otra misión á este mundo.

—Bueno, tú, filósofo barato—interrumpí yo—, vámonos por el almuerzo, y á la tarde aclararemos eso.

—No sé si podré venir, te lo advierto. Tú vendrás... ó...

—Venga usted José—suplicó la chalequera, que andaba tras *el serio* más que el droguero, á decir de su mujer, tras las escobas.

—Es que tenía que...

—Tú no tienes nada que hacer... ¡Hala! ¡Vámonos! Y agarrándole de un brazo y haciendo seña á Perico, nos despedimos todos hasta la tarde.

El poeta y la mujer de un droguero

Este capítulo de la más pura veracidad, pasará á la historia, porque tal vez ésta sea la única que un po ta haya abrazado una bella mujer de carne y hueso, hablado llanamente con ella, cuidando de esta suerte que la carne mortal cobre el tributo de sus fueros sin garrambainas ni consonancias, sino en calderilla corriente.

—¡Oh carnes rosadas como pétalos, de las núbiles vírgenes rubias! ¡Oh rasos mates de vues-

los poetas, tenemos la llave de oro del gran tesoro del secreto de amor, que guardó en cofre de sándalo Salomón el divino, para ofrendarlo á las grandes amorosas, las verdaderas mujeres, y á manos llenas lo concedemos á la que atribulada pone quédamente el pie en el umbral de nuestra cisterna seco el labio en los rigores del desierto.

Con las glorias se van las memorias, y de lo que pasó aquella tarde, memorable en los anales de esta historia, no he dicho ni *pío* aún, y no es grano de anís las enseñanzas que habréis de sacar en conociéndolo.

Pasó que yo, Rosarito, la chalequera; Manolita la de Perico; Anastasio, y los dos nuevos contertulios que presenté al conclave, dos chicos *alpinistas*, casi salvajes rodeamos la camilla, armamos el artilugio de la *Lotería*, y cada cual guardó el tesoro para el juego, en este caso consistente en un puñado de granos de judía, donde buenamente pudo. Yo, gracias á la amable invitación de Rosario, guardé el mío, ó mejor dicho, le deposité en el hueco que en su regazo hacía la falda.

En la tienda, sobre el mostrador, se liaron con el mus y con un frasco de vino los señores graves.

En nuestra tertulia sólo se oía «el 17», «el 43»,

que iba diciendo Anastasio con voz campanuda y parsimonia sacerdotal cada vez que sacaba una bola.

—E' 69—cantó con socarronería.

—Arabo—dije yo—mirando á Rosarito y biceando en su falda en busca de la habichuela que me hacía falta para señalar en el cartón.

—Aviven, aviven—decía el *canta números*, molesto por mi tardanza en sacar la judía, interpretando de mala manera lo que no fué sino vacilación para elegir grano ó pueril empeño por sacar uno que estuviera en el fondo.

—¿Ha cubierto ya el señor?

—Está.

—El 25... el 13... el...

*
**

Cuando las sombras invadieron el antro de los potingues, los del mus vinieron á la trastienda, encontrándonos á los de la lotería naufragando en la sombra...

—¿P-ro qué hacen ustedes á oscuras?—preguntó con una vocecilla especial el droguero.

—Distraídos con acabar esta partida, no nos habíamos *dao* cuenta—dije yo por decir algo—, y, más que nada, entretenidos con ultimar los detalles de la excursión. Como para charlar no hace falta luz.

—Y en qué han *quedao* ustedes.

—Sin contar con usted ¿en qué íbamos á quedar?

—Rosario, da luz—imploró el marido, ya esponjado.

—Sí—contestó ella—, como no enciendan una cerilla, cualquiera da con la llave.

Yo la encendí. Rosario dió luz, y las sombras, como duendecillos miedosos, corrieron á ocultarse en los rincones, tras las barricas, subieron trepando á los altos estantes, á espaldas de frascos y cajones, paquetes y manojos, donde las industriosas arañas tejen los sutilísimos cendales de la trampa con átomos de polvo y esencia de mugre.

La inoportuna luz, fuera por la transición brusca de la obscuridad, ya por otras razones, hizo volver el rostro á más de uno, taparse, haciendo pantalla con la mano, á más de dos, y bullir á todos, evitando en cierto modo estas maniobras la inspección serena de los que la esperaban para ensañar sus importunas y escrutadoras miradas en rostros y personas, por si la turbación ó el desaliño les revelaban misterios, ó sencillamente por ese placer, muy humano, de ver pasar las negras á un semejante.

—Ya tenemos luz, yo presente y los que hemos de concertar el plan, todos juntos—dijo el droguero—, con que veamos lo que se ha de acordar; día, hora... si se han de alquilar ó no caballerías para las señoras; si hemos de ir á pie los hombres desde Madrid...

—Téngase de la lengua el caballero—me interrumpió yo—y no derroche facultades, que todas le se-

rán precisas, y aun pocas, y eso tománd. desde el pie mismo de la sierra la caminata.

—Pronto cantan ustedes la gallina; cuando yo era mozo—bien pocos años hace, por cierto—, podían habernos dicho á los jóvenes de entonces...

—En eso no lleva usted la razón, cada raza es hija de su siglo—arguyó Pepe el filósofo con más intención que un miura.

—¿Qué siglo ni qué narices!—saltó vivamente el droguero—. Se creerá usted que yo he *gastao* armadura; si el tiempo á que yo me refiero es hace cuatro días, como quien dice, cuando por un quitame allá esas pajas amanecía desempedrada una calle, se andaba á trabucazos hasta las once, se entraba en misa y por la tarde se iba á los toros ó á lo que se terciaba; lo que tiene es que ustedes, hombres de alfeñique, están tan lejos de eso, que les parece que sucedió antes de la Era Cristiana, reinando Don Pedro el Cruel ó cosa por el estilo.

Yo intervine para *desviar* la puntería, porque si seguían por lo de la reflexión el uno y desnivelando la Historia el otro, iba á ser cosa de emigrar.

—El punto donde debemos ir—dije yo—es Cerecedilla; desde allí por los Camorritos, subir á Siete Picos, y luego la bajada...

—El descenso, querrá usted decir—observó el droguero con parsimonia homeopática.

—Bueno, el descenso por las *Dehesas*; descansamos junto al arroyo hasta la hora del tren...

—¿Qué descenso ni qué niño muerto; hay que correr todos los picos!—decía, jubiloso, el droguero, preparando su plan como si se tratara de liar diez céntimos de *crémor*.

—Caballero—observó uno de los alpinistas—, hasta el primero, y eso con dificultad, podrán subir los burros ó caballerías que sustenten á las señoras; pero á los otros, no hay que pensarlo.

—¿Cómo que no hay que pensarlo? ¿Y nosotros, para qué vamos? Las señoras.....

—Tiene razón Don Holofernes—casi dijeron á coro todos los muchachos—; cada uno que se encargue de subir la suya.

—Si eso es lo de menos; los detalles ya se tocarán sobre el terreno—argüí yo—. Lo que hemos de hacer es concretar: ¿quedamos en que el domingo que viene sea la excursión?

—Por mí, sí.

—Y por mí.

—A mí me parece bien.

—Como ustedes quieran.

—¿Y en qué tren se sale de Madrid?—preguntó Manolita, la de Perico.

—En el primero, en el de las seis y treinta; porque si no, falta tiempo, so pena de subir con todo el calor, y eso es muy molesto—aconsejé yo.

Se convino que así fuera, y propuse que diéramos un voto de gracias á Holofernes, como alma de la empresa. Comencé por un ¡viva Holofernes!, que fué contestado unánimemente; seguí

enalteciendo las virtudes y cualidades que adoraban á nuestro droguero, sin olvidar las de *acaudalado propietario* ó aquella otra de *probo comerciante*, recordando también lo de *su virtuosa y bellísima consorte*... cuando interrumpió mi discurso el zagalón de Anastasio.

—De la merienda y demás cosas importantes—dijo—no se ha dispuesto nada, y yo...



No le dejó terminar el droguero; todo hinchado de ceremonia, exclamó:

—Eso corre de mi cuenta; no hay que preocuparse.

—De ninguna manera—le contesté yo—. Nosotros no podemos permitir... (Y demás hipocresías dignas del caso).

El, con un gesto cariñoso y dándonos golpecitos en la espalda, fué despidiéndonos uno á uno, diciendo:

—Conque hasta el domingo; en la estación, ¿eh?

Y nosotros, creo que todos, retozándonos por el cuerpo la satisfacción y saboreando nuestro éxito, con finalidades diversas, salimos á la calle.

**

Me figuro estar oyendo á todos ustedes:—A éste—por mí—ya se le ha olvidado contarnos lo del abrazo, la conversación en calderilla, etc.; ¡fíjese usted de la veracidad de los relatos!—Señoras, permitaseme la gracia de una digresión. Si comentarios han de pasarse en silencio—ó no ser cristianos, de lo que Dios nos libre—, con

preferencia á todos han de ser éstos, donde la moral, el honor de una señora, la reputación y buen nombre de un esposo, de por fuerza pueden sufrir menoscabo. Cumple á cada uno de los lectores curiosos adivinar dónde y cuándo pudo acontecer el pecado, disculparlo si el supradicho lector da importancia, sobre el *espíritu*, á la grosera *carne*, ó execrarlo y vituperarme si piensa con los creyentes, los teólogos y los legisladores, que sobre la voluntad no hay nada. Pero no tirarme de la lengua para que caiga en describir escenas torpes—contrario esto á mi buena crianza é indigno de ustedes—que, sobre poner en la inmaculada pureza que hasta aquí contiene esta historia tachas groseras de naturalismo, perjudicaría notablemente mi reputación de discreto en trances de amor, que tanto timbre y gloria me concede entre el bello sexo y tan escasas victorias materiales, sin duda porque entorpezco con mi silencio la fama á que justamente tiene derecho.

Hecho este descargo de mi conciencia y desembarazado de compromisos, llegaremos, si á ustedes place, al que podríamos llamar

CAPITULO IV

DONDE SE CUENTAN LAS FAMOSAS PERIPECIAS QUE ACONTECIERON Á UN DROGUERO EN LA SIERRA DE GUADARRAMA Y LA HIDALGA PROTECCIÓN QUE EL POETA HUBO DE DISPENSAR Á LA MUJER DE AQUÉL, CON OTROS NO MENOS IMPORTANTES Y TRASCENDENTES HECHOS PERTINENTES Á ESTA HUMANA Y VÍVIDA HISTORIA.

En las primeras horas del día, cuando la ciudad comienza á surgir de la sombra, dibujada por la luz; en esa hora de misterio, como dicen los poetas, que tras cada esquina se ocultaba en otro tiempo un embozado... ya estaba yo en la calle de... el domingo 3 de Junio del año mil y tantos. Vi al sereno apagar su farolillo, llegarse donde la tienda de Don Julián «el de los juanetes» y con el cuento del chuzo golpear las chapas rizadas de los cierres metálicos. Después, arrastrando sus zapatones, cruzó la calle, y sobre la puerta de la *tasca* que hay en la esquina dejó caer su manaza encallecida, logrando que á las dos ó tres palmadas una voz destemplada y hombrona dijera desde dentro: «¡Ya voy!»

A poco se abrió la puerta, y á su quicio adosó el muchacho de la taberna la mesilla con el hule blanco, el hornillo de alcohol, los vasitos y cachivaches indispensables; colocó sobre el hornillo la brillante cafetera, alineó frascos y botellas con aguardientes y licores, y, todo dispuesto, hizo como el Creador, descansó. Después se estregó los ojos soñolientos con el dorso de las manos, desperezóse con consecuencias detonantes, quedó un punto indeciso, como quien

no sabe por dónde comenzar á vivir, se ató atrás el mandil y preguntó al sereno:

—¿Qué le doy, chinchón ó cazalla?

—Mira, dame de moras, que *tengu* el cuerpo *asín comu desvaidu...*

Llegar yo á la puerta de la droguería y abrirse ésta como por encanto, todo fué uno.

—¡No dirá usted que le hemos hecho esperar!—dijo Rosario.

—Ya veo que hay entusiasmo.

—Lo que hay es palabra—saltó el droguero—cuando un hombre dice allá voy, aunque le cueste la vida...

—No es para tanto, y, además, ya ve usted que también los jóvenes de ahora, como usted dice, la tienen...

—Usted es un buen muchacho y por eso sabe usted que se le aprecia en esta casa; pero no me dirá usted que todo el mundo... Chico—dijo al dependiente, que había salido tras los amos—, ¡á ver lo que hacemos! Que no venga yo á la noche y nos hayamos *pasao* el día mano sobre mano, ¿eh?... Y volviéndose hacia mí:—Le decía á usted que todo el mundo no es lo mismo; ya verá usted cómo en la estación no encontramos ni á la mitad de ellos. ¿Vamos?—dijo, guardándose la menuda llave inglesa en la cartera, después de tirar de la puerta y empujarla varias veces para cerciorarse de que quedaba bien cerrada.

—Cuando ustedes quieran—contesté yo.

*
* *

Iba la droguerita ¡que bendito sea Dios! lo que se dice *escacharrante*.

Peinada muy sencilla; recogidos los *agüelos* con un peinecillo claro y la nuca rosada, triunfante, sobre el pañolón negro de flecos. Negras las cejas y las pestañas, y negros los ojos, y más violetas los lívres de sus ojeras, y más roja su boca, y más tembladoras las aletas de su fina nariz. Con ritmo pisaba el suelo, como si al compás de música jacarera de manolería exquisita siguiera, y ondulaba el grácil cuerpo á su misma cadencia. Era aquella filigrana de carne, alcázar de tentación y maravilla de andares; era gracia madrileña y locura de pagania cristiana, más refinada y cruel, por lo mismo que es solapada, que la que fué chispa de creación entre los gentiles.

¡Oh, divina virtud! ¡Oh, santo pudor! ¡Oh, maravilla de sensualismo! ¡Oh, divino pecado! ¡Cuán bellos sois! ¡Ríndome admirado, agradecido, estremeciendo de dicha, á ti, Dios artista, Dios sabio, Dios exquisito, que vestiste á la mujer á la salida del Paraíso, á fin de que haya que desnudarla; que instituiste el matrimonio para que fuera posible el amante; que enalteceste y sublimaste la virginidad, que nadie anteriormente tuvo en aprecio, á fin de que la débil mujer pueda vender una ilusión y asegurar su vida, y has hecho de una función natural y grosera algo

para que tuviera razón de ser nuestra existencia y pudiéramos perdonarte lo que nos diste de dolor dándonos la vida y lo que nos haces pelear para ganar un duro.

*
* *

¡Señores viajeros, al tren!... Talán, talán, talán, talán... talán... talán... ¡Señores viajeros para las líneas de Avila y Segovia! ¡Al tren, señores! Piii... pi... pñ... f... f... f... f...

En nuestro vagón era el desmigue. Apenas salimos, dice una chula *escuchimizada*, encarándose con otra mujer:

—¡Señora, mire usted dónde pone los pies, que me ha clavado usted un tacón hasta el alma!

—¡Ay, hija, pos no es usted delicá, ni que decir tiene!... ¡Haber tomao un *estipis* pa usted sola; no la molestaría nadie!

—He tomao lo que me ha dao la gana, ¡sabusté!

—Lo que he podido, se dice.

—¡Adiós, que usted... no había reparao que venía de capricho!

—¡Vengo de... iba á decir una barbaridad! ¡Miusté que la encienden á una!...

—¡Señoras, que no se diga que el bello sexo!...—clamó socarrona la voz aguardentosa de un tío en las profundidades del coche.

El vecino que yo tenía á mi derecha, portador de un bello lunar con pelo, en salva sea la parte y de un *palasan* con puño de ángulo, se alzó majestuoso y reposadamente dijo:

—Oiga usted, bello sexo: de eso de decir de esta señora no hay quien diga, porque lo digo yo; digo, es un suponer, á menos que quiera oír una cosa fea.

—¿Cuála?—se oye decir con sorna.

—Venao, pongo por caso.

Yo, instintivamente, agaché la cabeza, temiendo de un momento á otro que llegara por el aire algún cuerpo duro y se encontrara, por desdicha, conmigo. No se hizo esperar: una bota de charol con chanclo de paño café y tacón á la española fué la emisaria de la ira del contrario, y gracias que rebotó alto, que si no, á juzgar por la fuerza que traía, nos monda la cabeza á uno de los del testero. El caballero del bastón de ángulo, lívido como un difunto, sin mirar donde ponía el pie, intentó saltar el espaldar de los asientos fronteros en busca de su enemigo, pero fué sujeto por una docena de manos, suplicado por las señoras y aplacándose poco á poco por su interior prudencia y por las razones filosóficas con que tuvo á bien molestarle un compañero de viaje que, según después se supo, era guardia. En el rincón de donde partió la bota se envalentonaron, y eran de oír las indirectas y cuchufletas y el pitorreo y la zumba y las cansioncitas alusivas. Yo estaba maravillado del espíritu de solidaridad que se desarrolló entre aquellas gentes, y lo atribuía al prestigio que da en-

tre los hombres el no tener razón y ser audaz; pero me dijeron que eran los de un *tayer* de ebánista que hay en la *caye* Luciente, que se las daban de guapos, y hacían el viaje á la Sierra los domingos *na* más que *pa* meterse con los panflis de los señoritos excursionistas cuando eran menos, agenciarse una papalina *pa* la vuelta y lanzar unos cuantos *jipios* con sentimiento, desarrollando á todo juego el programa de frases *gruesas*, las cancioncitas más en boga, es decir, las más sucias y los bostezos, *eruptos graciosos* y todo el repertorio de bonitas é ingeniosas habilidades que posee indiscutiblemente el populacho madrileño.

En el departamento donde yo iba lo tomaron por lo serio; se reconciliaron las del pisotón, reconociendo la necesidad de asociarse para la defensa común, y nosotros, cuando llegamos á Pozuelo, Holofernes, la señora y yo, trasladamos nuestra residencia al vagón frontero que, afortunadamente, tenía tres huecos, de otros tantos ocupantes que habían descendido en este primer pueblo de nuestra ruta.

A Rosarito le cedieron un puesto de ventanilla, y su marido y yo nos acomodamos en el asiento de enfrente, hacia la mitad.

Quedó junto á la chiquilla el galante vejete que la había hecho cesión del sitio. Tenía este mortal una cara tan semejante á la de un fox-terrier, que yo, desde aquella fecha, comencé á dudar un poco de aquello del Catecismo, «y Dios hizo á Adán á imagen y semejanza suya.» ¡O Dios tiene que ser muy feo!

Como si nos hubiéramos descargado de un peso abrumador, respiramos hondo cuando nos vimos, gracias á Dios, entre gentes de paz.

Holofernes me preguntó: ¿Se habrán enfadado esos?—aludiendo á nuestros amigos.

—¡Quía!—le dije yo—. Al contrario, se habrán alegrado de nuestra huida, porque así estarán más libres en su elemento.

—Pues no dejaba de ser divertido aquello—observó Rosarito.

—Sí, muy divertido; y te pegan un taconazo en un ojo, y nos tenemos que liar y hemos echado el día.

—¡Jesús, hombre! ¡No van á estar tirando botas todo el viaje!

—Señores, por mí, si ustedes quieren... Yo dije lo de trasladarnos...

El vejete *canino* interrumpió nuestro diálogo, pidiéndonos mil perdones por su intromisión, con estas sentenciosas palabras: ¡El populacho apesta! Es verdaderamente absurdo que sólo el dinero establezca diferencias, cuando la clasificación debiera ser por el intelecto...

—¿Dónde me he metido yo?—dije para mi ánimo—. Entre que le levanten a uno un chichón ó un señor le razone la vida cuando uno quiere sentirla, ¿qué es preferible?

Estaba de Dios ó del Diablo que mis desdichas no parasen en esto; habíamos caído de patas entre gentes discretas, serias, honestas, honra-

das, que, sin duda, esperaban las palabras del viejo para lanzarse á todo trapo á la discusión.

—Señora—dijo una mujerona ordinaria, con un bigote de ocho días, que estaba en la otra ventanilla del departamento—, ¡yo me echo á temblar cada vez que tengo que ponerme en viaje con mis niñas! ¡Es una indecencia lo que se oye en cuanto se halla usted entre una docena de personas ordinarias, sin principios y sin vergüenza, ni temor de Dios! Si yo hubiera sido Maura por ocho días, yo les aseguro á us-



tedes que limpio España de morralla como me llamo Celestina.

—Mamá, ¡por Dios!—clamó una de sus hijas—. Cada uno puede ser como quiera.

—En eso no lleva usted razón, joven—arguyó el vejete—; si no hubiera una ley, y unas costumbres, y unos deberes que cumplir, apañados estaríamos.

—Es claro; entonces los ladrones hacen muy bien con robar, los gandules con tomar el sol, las señoras que faltan á sus maridos con faltarlos, y un *porción* de cosas que ahora no se me ocurren y que todos sabemos que ocurren... Todo esto y mucho más dijo tan precipitadamente y tan embrollado un hombre colorado y lustroso que yo tenía á mi lado, comiendo á dos carrillos de un gran pan relleno de sardinas, pimientos colorados, jamón... y cuya envoltura, chorreando grasa, tenía sobre su regazo la mujer, una vieja pechugona, con unas enormes *arracás* en las acribilladas orejas, que yo dudé que mi persona, en cuya dirección estaba la boca del personaje, quedara sin mácula y participación en el banquete de aquel heliogálo.

—Si estas criaturas—decía la madre de la joven, comiéndosela con los ojos—no saben lo que se dicen; han leído cuatro *sinvergonzonerías* en los papeluchos que ahora se estilan y en los libros *herejotes*, que yo, aun con toda mi vigilancia, no he podido evitar, y las sueltan á ton-tas y á locas.

La chica estaba como un pavo, un color *se la iba* y otro *se la venía*; se puso á hablar, como distraída, con otra joven que iba á su lado, hermana suya, sin duda.

Enfrente de Rosario iban dos palurdos; el más viejo, interviniendo en la conversación, decía:

—No hay más tu tía que ser ca uno pa sí y hacer el papel de comenencia que le convenga. ¡*Cualquiá* pué ser lo que lleva *drento*! Como que le dejan los que tien la fuerza y van á gusto en la borrica! ¡Otro gallo me cantara si no hubiá sido yo quien he sío cuando no comprendía de mundo, y no tendría que verme á mis años al trajín! Y no que por *dámelas* de republicano ó de..... amuelo, pos bien me hundió; y naide me ice hoy: toma, Ustasio, pa que vayas tirando.

El droguero estaba encantado con las gentes que nos rodeaban, y su mujer y yo nos comíamos con los ojos. Ella volvía la cabeza, asomándose á la ventanilla, cuando le retozaba por la boca una sonrisa, ó enredaba entre los flecos de torzal del pañolón sus dedos largos y ágiles.

Yo me ponía grave, asintiendo á cuanto decían todos, importándome tanto como las coplas de Calainos. Mudaron de conversación y la emprendieron con las excursiones y el campo y la higiene y qué sé yo, de tal modo, que era regocijo oírlos.

—Están mu majos estos campos pa esto de dir á holgar—decía el vejete serrano—y pa cosas destas del señorío, que arma una diversión, de empinarse á una picota, de correr las siete partidas pa llegar á una fuente y de cosas po el estilo que son vicio y sobras de dineros; pero maldito é Dios si valen pa sacar dellos un alandro de pan. Yo no sé qué ven ustés po aquí pa venir ende tan lejos á comerse una tajá y echar un trago, habiendo cafeses como hay en Madrí y fondas de lo güeno que hay que ver. Bien ícen que el diablo, harto e carne, se metió á pedricador.

El hombrecillo fox-terrier se encaró con el pa-leto, diciéndole:

—De no saber ustedes, «el pueblo», más que el pan pan y el vino vino, estamos como estamos. Hay más, amigo, hay más; yo, por ejemplo, que llevo once años consagrado al estudio de la flora y la fauna de la cordillera (el paleta abría los ojos desmesuradamente, esperando que le entrara al caletre lo de la flora y la fauna), que he recogido ciento cuarenta y siete variedades de plantas parasitarias, que tal vez en su día, descubiertas sus propiedades por la ciencia, puedan substituir ventajosamente á las empíricas tisanas, y quién sabe si, mezcladas en proporciones convenientes en la fabricación del pa-

pel de fumar, le quitará esa fragilidad de que adolece; yo, que he logrado apoderarme de un ejemplar rarísimo entre los insectos, y lo he dado á la ciencia con el nombre que hoy se le conoce, «el trompetero de la manzanilla», y cuya génesis se ignora, aunque yo *abundo* en la opinión de que procede de la manzanilla misma...

El droguero saltó como una bala:

—Ha de saber usted, querido colega...

—¡Caramba! ¿Usted también?—interrumpió radiante el vejete—. ¡Tanto como lo celebro! ¿Y usted qué *rama* estudia?...

—Ninguna. Yo soy droguero, establecido en Madrid; por eso, al oírle á usted decir de la manzanilla, me he apresurado á contestarle, y yo le aseguro que la que se vende en mi casa, que es del propio Moncayo, no tiene insecto alguno.

—Caballero—dijo la mujer bigotuda—, me consta que Moncayo no vende manzanilla, porque precisamente nosotras hemos tenido en casa de sirviendo una chica que estuvo con él, y nos ha dicho miles de veces que sólo vivía de las tablas.

—Mamá—contestó á su madre una de las niñas—, el Moncayo es un río de Aragón, me parece que de segundo orden... de modo que...

Los dos hombres científicos no hicieron caso de las interpelaciones, sumidos en la profundidad de su saber, y enzarzados en el guirigay de su controversia. Se quedaron solos, como vulgarmente se dice. Mientras tanto el matrimonio de la merienda grasienta y la panzuda bota decían al campesino:

—*Mirusté*, el venir nosotros á la Sierra es porque esto es muy sano, á mí me abre las ganas el agua de la Tejita—decía el marido—de tal modo que hay veces que se nos acaba la merienda y ésta tiene que bajar al pueblo á comprar algo para la tarde, mientras me quedo durmiendo la siesta, á la sombra de los pinos...

Yo, abstraído en la contemplación del cuadro de luz y belleza, que recortaba la ventanilla donde iba Rosarito, no me dí cuenta del final de aquel pantagruélico diálogo.

Cercana estaba la Sierra; los bellos paisajes de Pattinir, y los fondos y lejanías del divino Rafael-Sanzio, tienen algo de la suprema belleza de estas montañas azules, de una austeridad de líneas, de una gradación de matices, de un poder de evocación de cosas supraterrénas, que hacen de mi cordaje nervioso un arpa tembladora y estremecida hasta el espasmo. Bendito yo, desequilibrado poeta, que no concibo la vida sino en un triunfo de paganía, y que poseo, gracias á mi locura, placeres desconocidos, para los equilibrados mortales.

*
**

¡Villalba! Cinco minutos. Cambio de tren para la línea de Avila... Fonda.

Como á la voz de las trompetas de los ar-

cángeles acudirán al último juicio los hombres, así acudió la gente, saliendo de los ataúdes colectivos del convoy, á una achaparrada cantina, donde aseguran algunos que se venden comestibles. Nuestro coche quedó frente por frente á la estación. Uno de los serranucos, el más joven, poniendo su mano sobre mi hombro, y separándose, nos dijo:

—Dejai pasar, que nusotros mos quedamos aquí.

Luego el viejo cogió una alforjillas lacias y deshilachadas que acaballó en su hombro, echóse sobre los ojos el mugriento sombrero de aro, y apoyando su diestra sarmentosa sobre un tosco cayado de espino, salió estropeando pies, rozando piernas y dejando ese vaho inconfundible que hace irrespirable el aire, y que poseen, á modo de los almizcleros, los pobres, los vagabundos, y los curas de aldea; esa mezcla de sudor, podre, roña y colillas de cigarro.

—Calle, agüelo—dijo el más joven, antes de bajar del vagón—, ¿no ve quien está allí de civil?

—No. ¿Quién?

—Tanasiote, el de la lía Micaela; ende que fué al servicio no le he güello á ver—y dando una gran voz: ¡Eh, tú! ¡Tanasio! ¡Eh, aquí!

La pareja seguía incólume; su hieratismo no había sido turbado por la voz que recordaba épocas de personalidad y de albedrío de corazón y de hombría.

—No le llame usted así—aconsejé yo al palurdo—, vaya allí y salúdele, porque este alborozo y ruidosa franqueza es cosa de paisanos é impropia, por lo tanto, de los que han de hacerse respetar y temer.

—Tú, Jacinto, no te entretengas mucho, que está allí ya el carro aguardando; yo voy pa allá—dijo el vejete bajando del vagón—; vaya, hasta por ay—nos dijo á nosotros.

Yo seguí con curiosidad al más joven por ver en qué quedaba la entrevista. Cuando el muchacho llegó donde los guardias, éstos apenas le hicieron caso; pasaron breves momentos de indecisión, y, por último, el zagalón se despidió todo confuso con la frase sacramental: —Ustés dispensen—y tratando de encasquetar la gorilla en su cabeza. Le oí decir al pasar: ¡Hay que ver, si es pa reirse! ¡Las cosas que hace la gente! ¡Reconcho!

Cuando el tren arrancaba de Villalba, yo, hábilmente, me situé frente á Rosarito, al otro lado de la ventanilla. Al entrar en la curva, para tomar la línea de Segovia, vino el Sol á visitarnos, arrebolando la divina cara de la madrileña, encendiendo en grana el bello capullo de su orejita, y dejando ver, por entre el sombraje de sus pestañas entornadas, las chispas brillantes de sus oscuros ojos. También puso el ardiente Febo la insolencia de su luz sobre las rodillas del vejete, de cuyo pantalón descubrió las flaquezas, y pasó á visitar á Holofernes, impertinente é intencionadamente, posándosele donde mas feo-

nía le hiciera, sobre su nariz. ¡Bella estaba en su carminosa transparencia! ¡Bella como un farolillo verbenero! Y de que á Rosarito debía hacer gracia lo prueba el mohín de picardía con que me señaló el aditamento nasal de su marido.



—¿Conque ustedes á Cercedilla, eh?—dijo el tragaldabas á Holofernes.

—Sí, vamos ay unos cuantos amigos, todo gente joven, y pensamos subir á Siete Picos.

—¿Y la señora también?—preguntó el naturalista.

—Y tres más que van en el vagón de alao; ya nos tendrán dispuestas caballerías.

—¡Eso debe ser muy molesto!—observó una de las niñas espirituales.

La mujer pechugona afirmó que ni por todo el oro del mundo se daba ella esa caminata, y luego, ¿qué van ustedes hacer allí?—preguntaba.

—¡Señora!—dijo el pequeño Linneo—, preguntar en la patria del Quijote la finalidad de un bello esfuerzo no es discreto. Los españoles no buscan el vellocino de oro al final de cada aventura; esta es la patria del Cid, del Tenorio y de Zorrilla, del gran poeta Zorrilla; sí, señores.

—En eso tiene usted razón—dijo Holofernes—, yo he alcanzado—á estos (y me indicaba á mí) se lo decía yo el día pasado—, yo he alcanzado esos tiempos. Por nada, por si un ciudadano librepensador no se descubría al paso del Viático, y los de la autoridad le echaban mano, ya estaba armada la trifulca; palos, tiros, carreras, barricadas. Aun me acuerdo, parece que lo estoy viendo, de lo del talabartero de la calle Calatrava. —Pero, señor; vengan usted acá—decía— (era un hombrecillo *delgado*, ¡más vivo...!), ¿pero á ustedes quién les ha dicho cómo hay que saludar á Dios? ¿Quién les ha *contao* que yo tengo que quitarme la gorra? ¿Y cuando los hombres no gastaban gorra?

—Pues mire usted, eso es de muy mal gusto, aunque lo dijera un alabardero; yo le aseguro á usted, á fe de Celestina que soy, que le doy su merecido, ¡vaya si se lo doy!

—En todo tiempo, señora, ha habido hombres cínicos—aseguró el foxterrier—, aunque me inclino á sospechar que fuera un descreído de esos que volvían de Indias, si es que no era portugués; porque otra cosa no podrá decirse del pueblo español, ¡pero creyente!...

—Ni indiano ni portugués era, sino de Cataluña; eso me consta

—¡Eh! ¡No decía yo! ¡Si hay cosas!... Mire usted, yo he leído las obras de Ramón Campos, filósofo español del siglo XVIII, y me acuerdo que, refiriéndose al idealismo de la raza, dice, entre otras cosas: «... y en amor nadie más idealista, nadie más perfecto, nadie más fiel observador de las puras costumbres, del amor por una sola mujer, que es el renacer de la raza á la perfección, que los castellanos»; y en otra página dice: «... el hombre nace malo; la Religión, que es la civilización, le convierte en hombre religioso y civilizado; esto es indudable. El, en sí, es todo soberbia y todo humildad; así dice el filósofo á este propósito: «... el flujo porque nos hagan caso, y el por armonizar, son los dos únicos resortes humanos»...

Yo, señores, no pude más; la carcajada se debió oír en Belchite. Acostumbrado estoy á ver pasar desde el borde del camino la mascarada de la vida, y reirme en las barbas de los más insignes comediantes de ella, pero con tantas ganas como de este viejo y su filósofo, no recuerdo vez alguna.

—Pero, buen hombre—hube de decirle—, eso es de *El Liberal* de hace unos días; un articulo... lo sabemos todos... Es más divertido que hable usted de sus investigaciones científicas, doy mi palabra de no ponerle un pero...

El hombre se quedó más corrido que una cortina, y el mundo entero se rió en sus barbas. Y digo el mundo entero, porque, ciertamente, su representación era completa: la Ciencia, el Arte, la Religión, el Comercio..., la Imbecilidad...

Cuando logró rehacerse el vejete me dijo:

—Si fuera usted un joven bien nacido, respetaría las canas, aguardaría que la experiencia le

aleccionara, y tendría para las verdades—procedan de donde quiera—más respeto, y para los que han nacido antes que usted menos insolencia.

—A condición de que no fueran imbéciles—repliqué vivamente.

—El imbécil y el mal educado es usted, y ¡si no fuera mirando!...

Lo que miraba justamente no era el perderse, sino mis biceps algo decentitos y mi imperturbable tranquilidad. A poco, en su mediano caletre debió asomar la idea de que los que no son creyentes, ni patriotas, ni conservadores, ni viejos, ni botánicos, pueden ser hombres y tal vez podrán pensar, porque me preguntó:

—¿Qué traen ustedes de nuevo los jóvenes para burlarse así de lo que ha sido clave de la sociedad humana y norma de vida para cientos de generaciones?

No sé si fué exceso de amor propio ó afán de proselitismo; creo más que nada en un ataque agudo de vanidad en presencia de la mujer deseada lo que me hizo contestarle:

—¿Que qué traemos? Poca cosa; la juventud, que por lo mismo que carece del veneno de la experiencia, es noble y sincera y rebelde, y que, como es plenitud de vida, no concibe nada que se aparte de la Naturaleza. ¿Le parece á usted bastante?

Un túnel nos tragó en su sombra, y como los coches de tercera, á la ida, van á obscuras, y yo iba frente á Rosario.....

—¿Decía usted?—me preguntó el viejo cuando salimos.

—¡Decía!... No decía nada... reirme; eso es todo lo que quiero. ¿Verdad, usted, Rosario?—Y sin hacerle caso, asomándome á la ventanilla, llamé á voces:

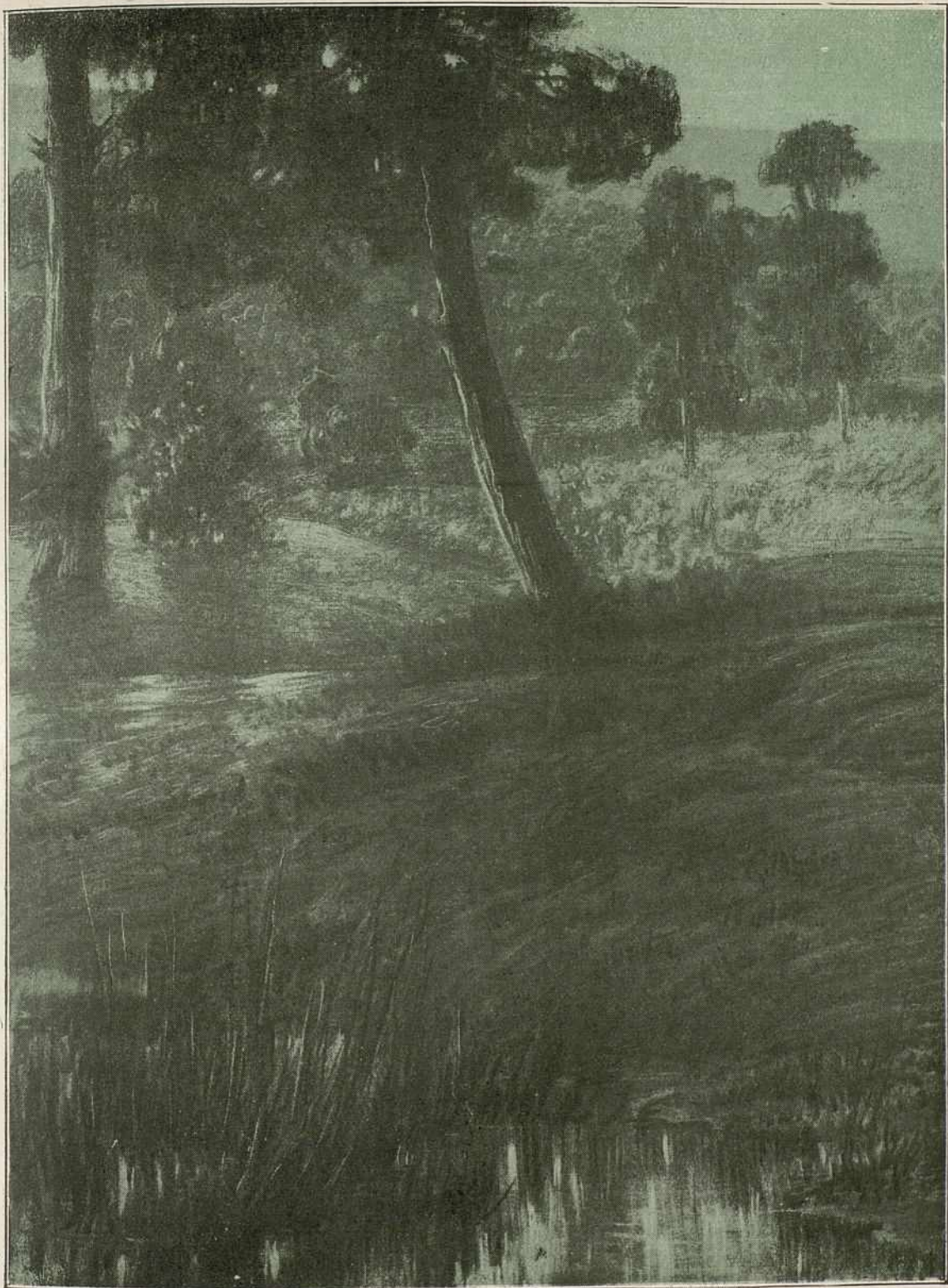
—¡Perico! ¡Manolita! ¡Pepe!...

Del coche inmediato contestó una voz:

—¡Chico, aquí, como las propias rosas! ¡Prepararse, que ya llegamos!...

*
*

Cercedilla, un..... No se oye nunca, en estos días estivales y en estos trenes de recreo, la voz del tío que pregona los minutos de parada. Antes que el tren se detenga, la gente salta de los coches alborotando, riendo, gritando; inunda el pequeño andén aldeano, y sale á borbotones por el estrecho cancel que deja el negocio ferroviario para salida de sus dominios. La placeta que hay ante la tienda de Juan se decora con los más extraños tipos. Nunca falta el Tartarín español, el famoso Tiburcio, el conquistador de todos los Picos; vedle... Es de aventajada estatura, sin llegar á ser alto; un si es ó no es encorvado de cuerpo, á causa, sin duda, del enorme morral que soporta á lomos; de pata seca como los gallos y cabeza chica como las águilas. Los ojuelos no son muy grandes y tal vez algo ribeteados de rojo; pero los pies, en cambio, son



enormes. Lleva la cabeza destocada, descolleta-
da la camisa y arremangada en los brazos; y
ordinariamente va sin la chaqueta en su sitio,
para que cuelgue airosa del morral, donde va
trizada que da dolor. Arrollada á la cintura lleva
una honda, y entre las correas del morral, un
sombrero blando. Siempre que se le pregunta
ha estado más allá que nadie, más alto que otro

alguno. Yo le vi hace poco durmiendo la siesta
á unos cien metros del pueblo y ahuyenté de
una pedrada á un hirsuto perro que junto á él
aullaba lastimosamente...

¿Y qué no podría yo decirles á ustedes de las
niñas *del palo*, de los pimpollos de la Colonia,
que en traje de montaña, zapatos herrados, y
bordon de cuento puntiagudo de acero, pasean el

anden á la hora de todos los trenes? ¿Y qué de las damas hombrunas de recias espaldas, de las *misses* con cara de carrañuela y de los *extrangis* de todas formas, y ninguna armónica, que no fuera divertido, de tener gracia yo para contarlos? ¿Pues, dónde dejamos las tropas de zapateros tiñosillos y menudos, agobiados por enormes *botas* y tocadas las cabezas con sombrerones de segador, adquiridos en la tienda del Tío Botijo, y á quien no recuerdan que haya estado en Suiza, estos rucios barcinos y venerables, estos caballejos peludos, los que se ofrecen al turista en aquellas aldeas dormidas al pie de las enormes gibas que conoce el mundo con los nombres de Mont-Blanch, Junfrau...

Hay frente á la estación un estrecho camino que fué en tiempos remotos—cuando nuestros abuelos los romanos andaban por España—calzada militar y que llega hasta el puerto de la Fonfría, pasando por el hondo de un valle de soberana hermosura. Esta es la ruta de los domingueros. Reguero de hormigas semeja, vista desde los altos canchales, que verguen sus moles en las montañas que la aprisionan...

**

Ya está sobre el sendero la caravana; ya llevo engarzada en la jamuga la alhaja del gran droguero, y vamos caminito arriba en busca del aire sutil y de los espacios inmensos, un puñado de mozos, una nariz roja y cuatro asnos—uno por señora.

—Vayan con Dios—dice, saludándonos, un vejete renegrido que tiende su mano de momia hacia nosotros—. Hagan la merced de una limosna, si *tien* voluntad...

—Mal sitio habéis escogido, abuelo—le dice Rosarito—, para pedir; la gente que pase por estos vericuetos, no será mucha.

—No es mucha; pero la que pasa, como va á fiesta y de contento, y va *olvidá* de sus costumbres, da mejor una perrilla á los *probes*; amén que *musotros* vamos de camino, el compañero que está aspeao *ende* aquellas matas y yo, *pa* tierras de Madrí, que ícen que se arreceje mucho y que hay mucha caridad con el necesitao.

Me sonreí levemente y deposité una moneda en la palma simiesca del hombrecillo.

Cada cual se disponía á lo mismo cuando percibimos á alguna distancia una voz cascada y chillona que nos gritaba: «¡Dejen algo, por amor de Dios!», y llegaba tranqueando hasta nosotros un hombre alto y flaco, que debía traer las piernas con laceria, por las muestras de dolor que expresaba su rostro al posar los pies en tierra.

—¡Arremata con todo, si no llego, este perro carcunda!—dijo, y amenazó colérico con su garrote al viejo compañero—. ¡Ustedes saben! Siempre á la greña andamos por el mundo este arrebañador y yo, no sé cuanto tiempo. Me le

encontré en la guerra carlista, con un escapulario de Cristo y un trabuco.

—Peor ibas tú, que ibas á la *fuerza*, á defender lo que no era tu hacienda ni tu gusto—le contestó el vejete, separándose luego de nosotros un buen espacio.

No hizo caso el hombre alto y prosiguió; después, cuando la Revolución de Septiembre, me lo encontré en Alcolea, mandando tropas de la Reina y asesinando liberales, y en nada estuvo que, al reconocerle, no diera con tal farsante en tierra.

Yo atajé al narrador, temiendo el curso de historia, diciéndole:

—Y ahora, ¿por qué se reúne con él?

—El azar que todo lo revuelve y la desgracia que no puede tener arrogancias, son la causa. He llegado á un término, aquí cerca, que llaman El Paular, pidiendo por los caminos, y oí á este viejo decir que venía hacia Madrid. Aunque le reconocí en seguida, como no tenía indicios del camino y este viejo le sabía, decidí agregarme á él, pensando que esta vez no seríamos enemigos, ya que nada teníamos que arrebatarnos ó imponernos; pero me he equivocado: es astuto, hipócrita y sin corazón, y como no tiene lástimas propias con que conmovér, invoca las mías y guarda los cuartos que le dan para aliviar mi desgracia, y como no puedo seguirle, siempre va ante mí enseñándome la bolsa de las limosnas y riendo de mi cojera, que el blason de haberme producido para que anduviera con el pie más sentado y aprendiera á conocer los designios de su Dios. ¡Ah, maldito perro!... ¡Ven!, ¡ven!, ponte á mi alcance.

Y le tiró el garrote en que apoyaba su huesuda persona, que, de darle al acartonado personaje, allí fenece...

**

—¡Ha observado usted—me dijo el droguero, cuando á la sombra de un corpulento pino descansábamos—qué bien hablaba el pobre alto y qué maneras de señor? Así eran todos los de mi tiempo y de mis ideas; éste, sin temor á engañarme, aseguraría que es *in emigrao* de los...

—Vamos; que queda mucho camino—advirtió uno de los amigos que nos servían de guías—. Estamos al comienzo y son las diez de la mañana, y luego con el calor...

Holofernes, á quien la primera pendiente le había traído un poco á la realidad de sus fuerzas, contestó:

—Señores, no se ganó Zamora en una hora; y quien va despacio va lejos...—Y se enjugaba el sudor; miraba de soslayo al pico que ante nosotros erguía su mole, y una mueca de desaliento se dibujaba en su rostro.

Emprendimos nuevamente la ascensión, y Pepe Cazorla, con una perversa diplomacia, hizo aceptar á Holofernes un rústico báculo, so pretexto de que con su ayuda evitaría los resbalones, y



yo quedé rezagado, haciendo que arreglaba algo descompuesto en la cabalgadura que montaba Rosario, y en realidad para decirle que estaba bellísima y toda la sarta de bobadas que desde papá Adán á nuestros días habrán repetido los hombres millones de veces.

El aire serrano y el aroma de los campos, mi adulación y la sangre moza de la droguerita iban debilitando visiblemente su voluntad, y yo,

radiante de gozo, daba vueltas al magín, combinando planes cuya finalidad hasta el más punta de colchón ha de suponer.

Escudero de su rocín, al que llevaba del diestro, con el objeto, decíale yo al marido, de evitar á su señora un mal paso, iba, como dicen los castizos, timándome de fletén; y la chiquilla se traía un parpadeo, imitación inocencia, que la estaba que m...
 Ayuntamiento de Madrid

La dama en pies ajenos y su escudero en alas de la imaginación, nada nos preocupaba el cansancio. En cambio, los peatones de la vanguardia, y sobre todos el invencible Holofernes, hacían descanso de cualquier sombra y antesala de cualquier regato. Bebían sin sed y hacían colación sin hambre, por tener pretexto para calmar el hormiguillo de las piernas, el latir del corazón y el jadear de la fatiga. Unicamente Rosa, recia y hombruna, acostumbrada á las excursiones y maniática del ejercicio; su novio, uno de los amigos de la gimnástica, y el otro compañero suyo, entrenados, duros y jóvenes, estaban en su elemento é iban gozando con la caminata; los demás, quien más, quien menos, allá en su fuero interno maldecirían de la ocurrencia, y si hubieran podido hablar con el Padre Eterno, hubiéränle dicho: «¿Que pase pronto, padre mío, este cáliz de amargura!»

En un arranque de heroísmo, el droguero, un tanto repuesto con las libaciones y los pellizcos á la merienda, propuso hacer otra etapa, y los demás, engañándose á sí mismos, haciendo de tripas corazón, aplaudieron la idea.

Llevábamos media hora de camino ó poco más, ya por la parte alta del pinar, donde la planitud de la senda es un mito, donde las raíces de los árboles centenarios, las socabas de los torrentes, las piedras, el terreno mismo, se disputan el campeonato del estorbo, cuando nos cerró la trocha una ladera satinada por la hierba de las gramíneas. Hubo que desmontar á las señoras, ó lo que es lo mismo, apearlas de su burro, convencerlas de lo estéril de su prosopopeya para trepar por laderas escurridizas; y visto que la estancia en pie era imposible, claudicamos, y el que más y el que menos dejó la posición bípeda, y á cuatro patitas, agarrándose con las uñas, fuimos subiendo, entre el natural regocijo de los pollinos, que nos miraban asombrados, y tal vez preguntándose: ¿Qué animales serán éstos?

Se nos apareció un raso cubierto de altas hierbas y por la izquierda la cumbre á cuyo remate se forma el primer pico.

Jadeantes, sudorosos, latiéndonos desusadamente las sienes, caímos, al terminar la cuesta, sobre el tapiz natural esmaltado de flores. Las débiles mujeres, las frágiles muñecas reían en pie de nuestro aplanamiento y gozaban en decirnos, ahuecando la voz y parodiándonos: «Nosotras somos el sexo fuerte», olvidando las ingratas que habían sido ensalzadas á la altura por los asnos y remolcadas en la ladera por nosotros. Uno de los muchachos, no sé cuál, alcanzó la bota del morapio de las aguaderas del rucío, y mientras yo indicaba á Rosarito los caseríos y aldeas diseminados por valles y montes, los prados recatados y sombríos, los regatos saltarines y brillantes y toda la gama azul de las crestas lejanas, tocadas con gasas y tules de leves vapores, fueron ellos refrescando sus fauces, haciendo un trasiego tan importante, que dejó casi exhausta la bota.

—Tú, Rosario—dijo Holofernes—, echa un trago, verás cosa buena. ¡Chica, está helao!

—Yo prefiero agua—contestó la droguera—; el vino no me quita la sed. Luego, cuando comamos.

—Tú qué sabes, criatura.

Y cogiendo la pellejuela hizo beber á la esposa, dejando caer sobre el camarín escarlata de su boca el chorrito granate del vino.

Fuera porque le flaquearan al droguero las piernas, ó porque la cabeza, ya algo cargada, no pudiera mandarlas, lo cierto es que osciló su persona, perdió el equilibrio y vino á tierra, chocando sus augustas posaderas con el santo suelo y rociando al pasar, camino hacia abajo, el vestido claro de la señora, que puso el grito en el cielo.

La carcajada de todos turbó con su estridencia el silencio augusto, y el eco, como bufón remedador, la corrió por los ámbitos de la Sierra.

Acudieron solícitos á levantarle los que pudieron vencer la pereza, y Perico puso mano en la bota, que se desangraba esterilmente.

Sería cosa de nunca acabar contar minuto por minuto todos los incidentes, y no quiero caer en pecado de *prolijidad*. Sabed, pues, que era pasado el mediodía cuando sentamos nuestros reales sobre la meseta del primer pico. Se desistió por sufragio *universal* de la visita á las restantes cumbres y dispusimos lo necesario para el almuerzo serio. Se formó un corro, agazapándose en torno de las viandas, y lo primero que rompió plaza fué una dorada tortilla de escabeche. Pepe Cazorla se disponía á *descuartizarla*, cuando Holofernes, con toda clase de precauciones y parsimonias, logró ponerse en pie, y, deteniéndole, exclamó:

—¡¡Oh, padre Sol, que haces crecer todas las plantas, crías todos los animales y conservas el escabeche!...

—¡Que se siente!

—¡Fuera los oradores!

—¡Abajo los drogueros!

Al griterío que se armó en el corro contestaron con sus graznidos los cuervos, que huían espantados saliendo de las oquedades de las peñas. Por fin se hizo el silencio; la tortilla pasó á mejor vida y entró en lid un plato de conejo asado. Verle aparecer, é, invocando el industrial su autoridad, soltarnos la rociada, todo fué uno.

—Señores—dijo—, se prohíben, en honor de la moral, las alusiones perversas y las reticencias á base de conejo. He dicho.

—¡¡Fuera!! ¡¡Que se calle!!

—Me *paece* que tú—observó Rosarito—la has cogido llorona.

—¡Señora! Ninguno de los *caballeros* que han compuesto mi familia desde tiempo inmemorial han perdido su ser y juicio naturales con la bebida; y ninguna señora de estos caballeros... se ha despedido á lo más...

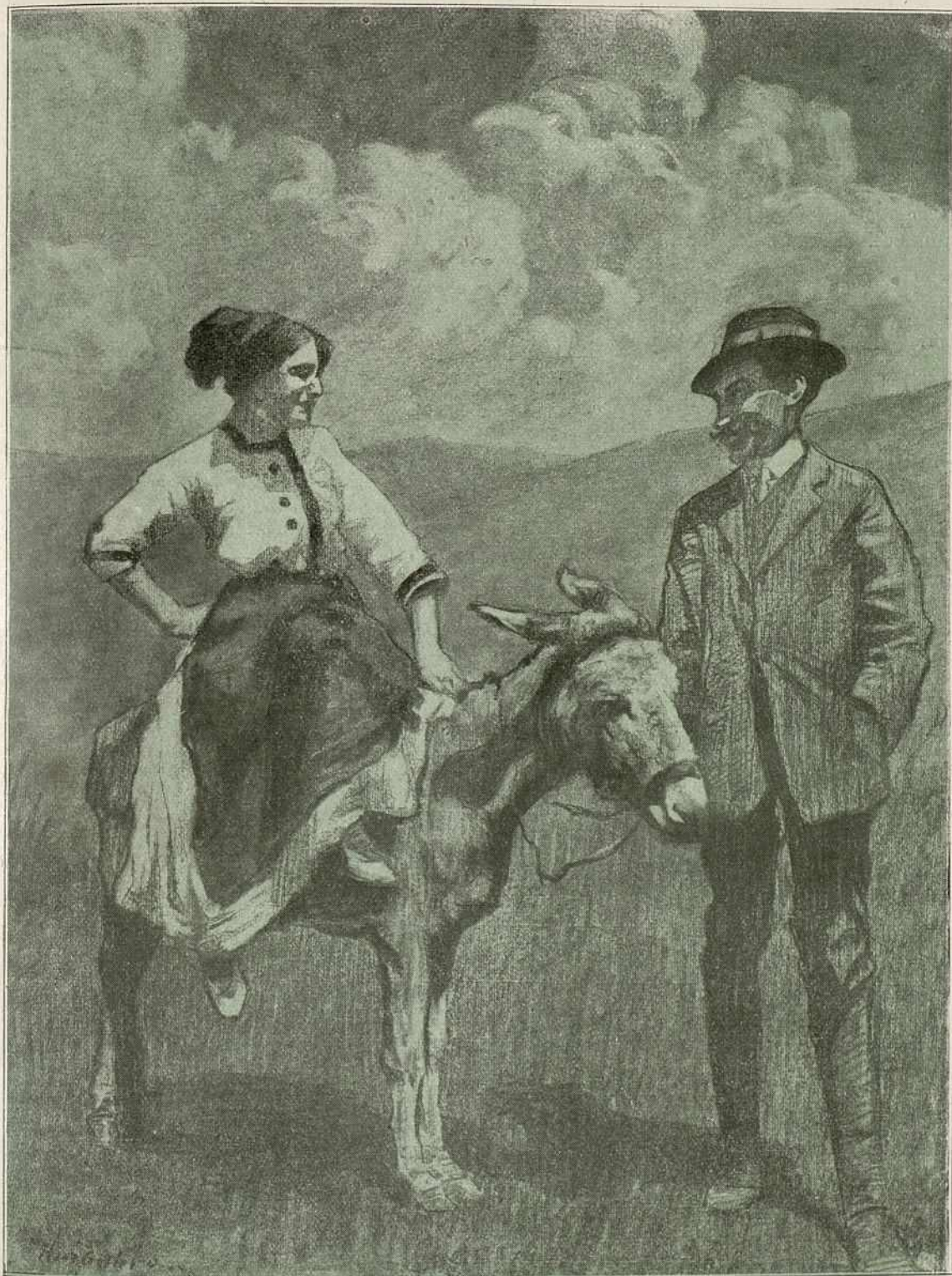
Holofernitos hijo:

—Come y calla, y déjanos de lilallas.

—Ahí va, Doña Rosario—dijo Manolita alargando la flácida corambre.

La droguera se echó la escopeta á la cara y empezó á tragar mosto como un carretero.

Se me bajó el alma á los pies. ¡Todo sea por



—¡Jesús!, hija, qué blando está esto; menudo sobo la habéis dao.

—Pero, total, ¿qué vino se ha traído?—preguntó Holofernes.

Dios!, dije para mi capote. ¿Dónde has puesto, misero mortal, los ojos?...

Ayuntamiento de Madrid

*
**

—Oye, tú, poeta—dijo casi á mi oído Rosario—. Todos éstos están como troncos. ¿Quieres acompañarme á buscar un arroyo de agua muy fresca, para mojar mis manos y mis sienes, que arden?

Me desprendí de sus brazos, me puse en pie y, ayudándola á incorporarse, ofrecí el apoyo de mi brazo y fuimos en busca de la fontana salvadora.

—¿Qué bien haces tú con no probar el vino! ¿Qué sería de mí si estuvieras también borracho? Perdida en estas soledades, ¿cuando llegara la noche!... si esos no.....

—¿Me olvidarás, Rosario?

—¿Y tú?

.....
Cuando volvíamos al *hato* percibimos voces y restallar de hondas hacia los pinares del segundo Pico.

—Rosario—la dije—, aviva el paso y vamos donde aquellas peñas, y si yo puedo, avisaré á esos; que me parece que la vacada va hacia las dehesas y sería una broma que nos arrollase.

—¿Qué dices! ¿Pero hay aquí toros bravos?

—¿Que si hay? Miralos por dónde bajan. Dame la mano, y corre cuanto puedas.

El miedo, antes que la aviación, ha hecho volar á los hombres. En menos de lo que se dice aterrizamos sobre unas peñas, á las cuales ayudé á encaramar á Rosario.

—¡Mira, mira! ¿Pero no ves?

—¿Qué?

—¡Hombres desnudos! ¿Serán salvajes? Oye, ¿hay salvajes por estas tierras?

Como estábamos en sitio seguro contra el peligro de los toros, me dió gana de reír la salida, y, además, que yo estaba en el secreto de que individuos de la Gimnástica gustaban de andar desnudos, haciendo de Adanes, arrojando piedras y lanzando flechas de toscos arcos contruídos con fresno, y más de una vez actué de primitivo en aquellas comparsas de locos.

—No, mujer; son chicos de buen humor que se divierten asustando á las familias timoratas que se arriesgan por estos lugares, con el fin, según ellos dicen, de evitar la incursión de la vulgaridad civilizada, en estos sus dominios, y que se convierta su santuario de belleza en sucursal de las Ventas, con borrachos, juergas y broncas...

—¡Pues, anda, que si ven á esos!

—Si no te da miedo, quédate ahí, que voy á despertarlos.

—No, ¡por Dios! ¡No te vayas, que mira dónde se ven ya los toros; anda, súbete aquí!

Por todos lados se oía el *pitear* de los bellos astados, clamorosos en sus endechas de amor. A intervalos oíase el restallido de las hondas, el silbar de las piedras y las voces de los pastores. En el claro que se hace, bajando del segundo cantizal, acabados los pinos, apareció la torada entre una nube de polvo, como tromba que se desgaja de las cumbres, arrolladora, imponente, brutal, galopando enhiestas las cejas,

altivas las testas cornudas; y mi chiquilla temblando de miedo, abrazada á mi cuello robusto, reía de gozo, miraba asombrada, sentía inconsciente el influjo brutal del espanto y ya eran no más unos pasos lo que faltaba al rebaño para invadir la pradera, donde felices dormían los cogorzas benditos, cuando una piedra lanzada, oportuna, desvió la vacada.

Al clamor de las voces, y el patear de las reses, algunos despertaron. Cuando nosotros llegamos, el droguero dormía. Contamos á Rosa, á Pepe y Manolita cómo fuimos sorprendidos por el ganado y cómo, sin darnos cuenta del peligro que ellos corrían, fuimos al parapeto de las peñas. Intentamos despertar á todos para emprender el regreso; pero una tribu entera de salvajes desnudos, algunos de ellos con sombrero de paja y todos con alpargatas, nos saludó ceremoniosamente en el más puro castellano.

Las mujeres nuestras corrieron sonrojadas á ocultarse entre la maleza, porque las sorprendió la *aparición* sin abanico.

El novio de Rosa y su amigo, que se habían despertado, saludaron á todos los salvajes y les pidieron, en buenas formas, es claro, que se retirasen, y ellos dijeron:

—Aquí nosotros somos los fuertes, y, por lo tanto, los amos; el derecho de nuestra parte y el deber de la vuestra, como en toda sociedad bien constituida. Ahora bien, concedemos, para que juzguéis de nuestra grandeza de alma, que pactéis con nosotros. Nuestras condiciones son estas: las mujeres que hallamos por estas alluras, si son jóvenes, están obligadas á mirarnos frente á frente y colocar sobre la cabeza del que elijan por más bello una rama de roble.

—¡Muera la lujuria española de candil *apaga*!—gritó un mozo fornido.

—¡Muera!—dijeron todos.

Nosotros, en virtud del pacto que nos dispensaban, quisimos proponer condiciones, desechar absurdos... y se rieron de nosotros.

El mozo fornido nos dijo:

—Hay que cumplir la ley.

Fueron traídas al *estadium* las mujeres, y nosotros, porque no hubiera efusión de sangre, las aconsejamos que juzgaran.

Ellas dijeron:

—Nosotras no entendemos de belleza.

Comprendí que tenían razón, y, sintiéndome Quijote, apostrofé á los desnudos, llegué á la violencia, y Perico, Anastasio y Pepe secundaron mi rebeldía. Aunque defendíamos la moral cristiana, fuimos copados por los salvajes, sujetos, y en nuestra presencia verificada la elección. Salió triunfante un tío pequenacho, patizambo, que tenía las primeras narices. Cuando terminó la ceremonia, como alguien de los suyos diera con el droguero, que dormía, llamó á todos, diciendo:

—Aquí hay un *cogorza*, vamos con él al pico. Fue cogido nuestro Holofernes en hombros de

aquellos brutos y sometido á interrogatorio, antes de juzgarle, según uso y costumbre en todo país civilizado.

—¿Cómo te llamas?—le preguntaron.

—Holofernés—dijimos nosotros, porque él no contestaba.

—¿Edad?

—No sabemos.

—¿Profesión?

—Sus labores—dijo Rosa.

—No, señores—rectificamos nosotros—. Es droguero.

—¡He aquí nuestro hombre!—gritaron algunos.

—¡Sí! ¡sí!...—contestaron todos—. ¡Viva el droguero! ¡Vivaaa!...

Yo temblé por nuestro mecenas. ¿Qué intentarán estos bárbaros? Y recordando á Calderón, grité:

—¡Ah, villanos con poder!

Ellos me contestaron:

—Nada tenéis que temer; nos habéis dado la solución que buscábamos hace tiempo, y como estamos contentos, nos inclinamos á la piedad; ahora bien, es menester cumplir las formalidades legales.

En hombros de cuatro atléticos zagalones fué llevado Holofernés y puesto en pie sobre la picota de un canchal. Toda la tribu le rodeaba y aplaudía. Nosotros, los cautivos, fuimos también exaltados al solio de piedra. Yo quise hacer valer mi condición de poeta y no me hicieron caso. Les prometí improvisar un soneto alusivo y me contestaron:

—No tenemos con qué pagarte, enfunda la lira.

Luego, uno de los más danzantes y que más alborotaba, sin duda debía ser el jefe, gritó:

—Este primer pico de los siete, se llamará en

adelante el *Pico de los Drogueros*. ¿Os parece bien?

—¡¡Sí... i... i!!—dijeron todos.

Entonces, uno muy flaco, con cara astuta, se adelantó á todos, y llegando á nosotros, sacudió la gorra, que traía empapada en agua, en todas direcciones, diciendo: En el nombre del Padre, del Hijo....., y á grandes pasos se retiró solemnemente, como si hubiera hecho algo.

Le saludó humilde, cuando llegó á ellos, un grandullón hercúleo con cara de bruto y bigotes enormes, y poniendo en la boca la mano cerrada, á modo de corneta, gritó á pulmón herido:

—Tararí... ti... ti...

Fué la señal de *ahuequen* ó desbandada; no quedó un salvaje para un remedio.

Nosotros bajamos como pudimos al marido de Rosario, que estaba hecho una marmota; recogimos el campamento, aparejamos los burros, montamos á las señoras y soltamos el trapo á reir, considerando á qué feliz coincidencia debíamos la vida, á merced como habíamos estado de unos locos fuertes y libres.

Emprendimos la retirada... y pian... pianito...

*
**

Ya ha llovido desde que pasó todo esto y yo ya soy un hombre formal. Me he hecho conservador, tengo varias flores naturales, soy malabarista del lenguaje y no poseo el feo vicio de la poesía pagana. Sé de muy buena tinta que el primogénito de la droguera rima bastante bien, y espero tranquilo la coronación, de un momento á otro. Sin embargo, temo no haber dicho bastantes tonterías ni haber adulado lo preciso.

A ruego del poeta, por no querer firmar,

Luis Huidobro

Números publicados de EL CUENTO SEMANAL

Año I.—Primer semestre.—1.* Jacinto Octavio Picón: *Desencanto*.—2.* Jacinto Benavente: *La sonrisa de Gioconaa*.—3.* Gregorio Martínez Sierra: *Aventura*.—4.* Eduardo Zamacois: *La cita*.—5.* Salvador Rueda: *La guilarrá*.—6.* Antonio Zozaya: *La maldita culpa*.—7.* Emilia Pardo Bazán: *Cada uno...*.—8.* Joaquín Dicenta: *Una letra de cambio*.—9.* Felipe Trigo: *Reveladoras*.—10.* José Francés: *El alma viajera*.—11.* Eduardo Marquina: *La caravana*.—12.* Juan Pérez Zúñiga: *La soledad del campo*.—13.* Pedro de Répide: *Del Rastro á Maravillas*.—14.* Manuel Bueno: *Guillermo el apasionado*.—15.* Manuel Linares Rivas: *La espuma del champagne*.—16.* Pedro Mata: *Ni amor ni arte*.—17.* Amado Nervo: *Un sueño*.—18.* Alejandro Sawa: *Historia de una reina*.—19.* F. Villaspesa: *El milagro de las rosas*.—20.* S. y J. Alvarez Quintero: *La madrecita*.—21.* Sinesio Delgado: *El fin de una leyenda*.—22.* Ramírez-Angel: *De corazón en corazón*.—23.* A. Larribiera: *La conquista del jándalo*.—24.* Mauricio López-Roberts: *Las tres reinas*.—25.* Colombine: *El tesoro del castillo*.—26.* F. Serrano de la Pedrosa: *¡Por mala!*

Segundo semestre.—27.* Pablo Parellada: *Pompas de jabón*.—28.* Ramón Pérez de Ayala: *Artemisa*.—29.* Manuel Ugarte: *La leyenda del gaucha*.—30.* Mariano Vallejo: *Deuda pagada*.—31.* Arturo Reyes: *La Moruchila*.—32.* Angel Guerra: *Al «jallo»*.—33.* Rafael Leyda: *Santificarás las fiestas*.—34.* Cristóbal de Castro: *Luna, lunera...*.—35.* Ricardo J. Catinéu: *Almas errantes*.—36.* Francisco F. Villegas (Zeda): *Confesión*.—37.* Claudio Frollo: *Cómo murió Arriaga*.—38.* Antonio Palomero: *Don Claudio*.—39.* Pompeyo Gener: *Últimos momentos de Miguel Servet*.—40.* Carlos Luis de Cuenca: *Lo que son las cosas*.—41.* J. López Pinillos: *Frente al mar*.—42.* Blanca de los Ríos: *Las hijas de D. Juan*.—43.* Julio Camba: *El destierro*.—44.* Miguel Sawa: *La muñeca*.—45.* Luis Bello: *El corazón de Jesús*.—46.* J. Ferrándiz: *El «Dies iræ» de San Huberto*.—47.* A. R. Bonnat: *Un hombre serio*.—48.* Alberto Insúa: *Las señoritas*.—49.* J. M.* Salaverria: *El literato*.—50.* Apeles Mestres: *La espada*.—51.* Blanco-Belmonte: *La ciencia del dolor*.—52.* Rafael Salillas: *Quiero ser santo*.

Año II.—Primer semestre.—53.* NÚMERO-ALMANAQUE: *Del camino*, por Joaquín Dicenta. Precio: 50 céntimos. —54.* Manuel Linares Rivas: *Un fiel amador...*.—55.* Antonio Zozaya: *Cómo delinquen los viejos*.—56.* Eduardo Marquina: *«La muestra»*.—57.* Arturo Gómez-Lobo: *La senda estéril*.—58.* Sinesio Delgado: *Espíritu puro*.—59.* Pedro de Répide: *El solar de la bolera*.—60.* Eduardo Zamacois: *El collar*.—61.* J. Francés: *Mientras las horas duermen*.—62.* Gabriel Miró: *Nómada*.—63.* Ramón A. Urbano: *El barbero del ustá*.—64.* Pascual Santacruz: *Nobleza obliga*.—65.* José M.* Matheu: *Un bonito negocio*.—66.* Leonardo Sherif: *Los cuernos de la luna*.—67.* Francisco F. Villegas (Zeda): *La fábrica*.—68.* Blanca de los Ríos: *Madrid goyoso*.—69.* Felipe Sassone: *Viendo la vida*.—70 y 71.* Benito Pérez Galdós: *Gerona*.—72.* Jacinto Octavio Picón: *Rivales*.—73.* G. Martínez Sierra: *Torre de marfil*.—74.* A. Hernández-Catá: *El pecado original*.—75.* Arturo Reyes: *El Niño de los Caireles*.—76.* F. García-Sanchiz: *Historia romántica*.—77.* Felipe Trigo: *El gran simpático*.—78.* Ramón M. Tenreiro: *E irujamiento*.

Segundo semestre.—79.* Cristóbal de Castro: *Las insaciables*.—80.* Joaquín Dicenta: *La pañanla*.—81.* Colombine: *Senderos de vida*.—82.* Salvador Rueda: *El poema de los ojos*.—83.* José Santos Chocano: *La cruz y el sol*.—84.* Claudio Frollo: *Las cuatro mujeres*.—85.* Eduardo Marquina: *Corneja siniestra...*.—86.* Mauricio López-Roberts: *En la cuarta plana*.—87.* A. Zozaya: *La princesita de Pan y Miel*.—88.* Pedro de Répide: *Noche perdida*.—89.* Manuel Ugarte: *La sombra de la madre*.—90.* Pedro Mata: *Cuesta abajo*.—91.* F. Serrano de la Pedrosa: *El «Emperador»*.—92.* Joaquín Dicenta: *Galerna*.—93.* J. Benavente: *Nuevo coloquio de los perros*.—94.* A. Martínez Olmedilla: *Por dónde viene la dicha*.—95.* Condesa de Pardo Bazán: *Alende la verdad*.—96.* J. Ortiz de Pinedo: *La dicha humilde*.—97.* Eduardo Zamacois: *El paralítico*.—98.* Felipe Trigo: *Las posadas del Amor*.—99.* J. M.* Salaverria: *Mundo subterráneo*.—100.* A. González Blanco: *Un amor de provincia*.—101.* J. López Pinillos: *Los enemigos*.—102.* Antonio Zozaya: *La bala fría*.—103.* Condesa de Pardo Bazán: *Belcebú*.—104.* Juan Pérez Zúñiga: *El cocodrilo azul*.

Año III.—Primer semestre.—105.* Manuel Bueno: *El talón de Aquiles*.—106.* Enrique López Alarcón: *La Cruz del Cardo*.—107.* J. Téllez y López: *Mater admirabilis*.—108.* R. Urbano: *La Santa Fe*.—109.* F. Flores García: *El padrino*.—110.* G. Martínez Sierra: *Egloga*.—111.* Felipe Trigo: *Lo irreparable*.—112.* J. J. Lorente: *Fueros de la carne*.—113.* J. Benavente: *¡A ver qué hace un hombre!*.—114.* Cijes Aparicio: *La venganza*.—115.* F. Periquet: *Exhausto*.—116.* López de Haro: *Vulgaridad*.—117.* Cristóbal de Castro: *La bonita y la fea*.—118.* Eugenio Sellés: *Enseñanzas de muñecas*.—119.* Luis Calpena: *Un milagro del Arte*.—120.* Pedro Mata: *La celada de Alonso Quijano*.—121.* R. del Valle-Inclán: *Una tertulia de añoño*.—122.* José M.* Matheu: *Entre el oro y la sangre*.—123.* Alberto Insúa: *Cómo cambia el amor*.—124.* Pedro G. Magro: *Hidalguía morisca*.—125.* Ricardo León: *Amor de caridad*.—126.* F. Serrano de la Pedrosa: *La broma*.—127.* Emilio Carrère: *El dolor de llegar*.—128.* Eduardo Marquina: *Beso de oro*.—129.* Guillermo Hernández: *Pedazos de vida*.—130.* José Francés Rodríguez: *La hora feliz*.

Segundo semestre.—131.* Eugenio Noel: *Alma de santa*.—132.* Luis de Tapia: *Así en la tierra*.—133.* Juan A. Caves-tany: *La Niña de los rubies*.—134.* Luis Antón del Olmet: *Por qué soy un bohemio*.—135.* E. Menéndez y Pelayo: *El mole*.—136.* Bernardo Herrero Ochoa: *La esfinge de hielo*.—137.* Luis Huidobro: *Carucho*.—138.* Federico Urrecha: *El suicidio de Regúlez*.—139.* J. Pous y Pagés: *El hombre bueno*.—140.* Alfonso García del Busto: *Sueño de hogar*.—141.* Benigno Varela: *La Terrorista*.—142.* Andrés González-Blanco: *El castigo*.—143.* Francisco Villaspesa: *El último adormán*.—144.* E. Gómez Carrillo: *Nuestra Señora de los Ojos Verdes*.—145.* F. Falero Marquina: *Rara avis*.—146.* Felipe Trigo: *A todo honor*.—147.* Ramón Pérez de Ayala: *Sentimental Club*.—148.* Carmen de Burgos (Colombine): *En la guerra*.—149.* Rafael López de Haro: *Del Tajo en la ribera*.—150.* Eduardo Marquina: *Rosas de sangre*.—151.* Martínez Cuenca: *Semana de Pasión*.—152.* Concepción Gimeno de Flaquer: *Una Eva moderna*.—153.* Alberto Insúa: *El crimen de la calle de...*.—154.* Carlos Fernández Suaz: *El poema de Caracol*.—155.* Luis Cánovas: *El obstáculo*.—156.* Sofía Casanova: *La princesa del amor hermoso*.—157.* Miguel Ramos Carrión: *La reina de los Madryares*.

Año IV.—Primer semestre.—158.* Salvador Rueda: *El poema á la mujer*.—159.* Pedro de Répide: *Un cuento de viejas*.—160.* Dorio de Gádex: *Por el camino de las tonterías...*.—161.* Arturo Reyes: *De mi almíar*.—162.* Vicente Almela: *La senda triste*.—163.* Joaquín Belda: *Un baite de trajes*.—164.* Carlos Miranda: *Mi niña*.—165.* Benigno Varela: *Relámpagos de mi vida*.—166.* Antonio M. Viérgol: *La tragedia política*.—167.* Felipe Sassone: *En carne viva*.—168.* Joaquín Dicenta: *El idilio de Pedrin*.—169.* Waldo A. Insúa: *Vida truncada*.—170.* Prudencio Canitrot: *El señorito rural*.—171.* Angela Barco: *Fémina*.—172.* A. Hernández Catá: *La distancia*.—173.* E. Marquina: *Fin de raza*.—174.* Antonio de Hoyos y Vinent: *La reconquista*.—175.* Luis Huidobro: *La casa número 13*.—176.* José María Tenreiro: *La agonía de Madrid*.—177.* Emilio Carrère: *Elvira la espiritual*.—178.* Gustavo Vivero: *Amelia*.—179.* Concha Espina de Serna: *La ronda de los galanes*.—180.* Mark-Twain: *El capitán Tormenta*.—181.* Anatole France: *Kommu-el Atribat*.—182.* Francisco Rodríguez Marin: *Azar*.

Segundo semestre.—183.* León Tolstoy: *Valor*.—184.* Felipe Trigo: *Además del frac*.—185.* Colette Willv: *Mi alma era cautiva...*.—186.* Alberto Insúa: *La camarera del Bar Inglés*.—187.* Alfonso Daudet: *Calvario*.—188.* Charles Bau laire: *La Fanfarlo*.—189.* Antonio de Hoyos y Vinent: *La estocada de la tarde*.—190.* Robert L. Stevenson: *El diablo embolado*.—191.* Manuel Linares Rivas: *Lo que no vale la pena*.—192.* Emilio Carrère: *Aventuras de Amber, el luchador*.—193.* Eça de Queiroz: *El difunto*.—194.* José M.* Salaverria: *Nicéforo, el tirano*.—195.* Paul Hervieu: *Los ojos verdes y los ojos azules*.—196.* Juan Tomás Salvany: *Quinientas pesetas*.—197.* Benigno Varela: *La humilde curiosa*.—198.* Joaquín Belda: *No hay burlas con el casero*.—199.* A. González Blanco: *Idilio de a ea*.—200.* Emiliano Ramírez Angel: *Juventud, ilusión y Compañía*.—201.* José Francés: *La venganza del río*.—202.* Augusto Martínez Olmedilla: *El precipicio*.—203.* Federico Jaques: *La última jugada*.—204.* Alejandro Larribiera: *Tia Paz*.—205.* Julio de Hoyos: *Evangeline*.—206.* Mauricio López Roberts: *Mar adentro*.—207.* Luis Antón del Olmet: *La risa del fauno*.—208.* Pedro de Répide: *Un conpirador de ayer*.—209.* NÚMERO EXTRAORDINARIO. López Silva: *El patio tranquilo*.

Año V.—Primer semestre.—210.* Francisco Villaspesa: *La venganza de Aisha*.—211.* Eugenio Noel: *El rey se divierte*.—212.* Isaac Muñoz: *Los ojos de Asarlé*.—213.* Manuel Aranz Castellanos: *El coio, campeón*.—214.* Arturo Reyes: *Sanora gitana*.—215.* Emiliano Ramírez Angel: *Historia sin desenlace*.—216.* José M. Matheu: *Después de la caída*.—217.* J. López Pinillos: *El ladronzuelo*.—218.* F. García Sanchiz: *Pastorela*.—219.* Vicente Pastor: *Los amores de Vicente Pastor*.—220.* Antonio de Hoyos y Vinent: *La pantera vieja*.—221.* Waldo A. Insúa: *Cinematógrafo provincial*.—222.* Eugenio Noel: *El crimen de un partido político*.—223.* José Francés: *El hombre que veía la muerte*.—224.* P. Conrado Muñíos Sáenz: *El problema de Job*.—225.* Luis Antón del Olmet: *La canción del juglar*.—226.* Luis Huidobro: *Prometeo*.—227.* Emilio Carrère: *El aveño amor humano*.—228.* Joaquín Belda: *La «sena» de Bayas*.—229.* Pedro Luis de Gálvez: *La Rosa Blanca*.—230.* Pedro de Répide: *Las cartas de la azafata Cloe*.—231.* Eduardo Barriobero: *La cofradía de los mirones*.—232.* Eugenio Noel: *Don Oliverio XXIV de Bombón*.—233.* Javier Valcarlos: *Acaso*.—234.* Manuel Linares Rivas: *Las alondras*.—235.* Augusto Martínez Olmedilla: *Un milagro en Lourdes*.—236.* Emiliano Ramírez Angel: *La primavera y la política*.—237.* G. Martínez Sierra: *El fin de una leyenda*.—238.* Sinesio Delgado: *Espíritu puro*.—239.* Pedro de Répide: *El solar de la bolera*.—240.* Eduardo Zamacois: *El collar*.—241.* J. Francés: *Mientras las horas duermen*.—242.* Gabriel Miró: *Nómada*.—243.* Ramón A. Urbano: *El barbero del ustá*.—244.* Pascual Santacruz: *Nobleza obliga*.—245.* José M.* Matheu: *Un bonito negocio*.—246.* Leonardo Sherif: *Los cuernos de la luna*.—247.* Francisco F. Villegas (Zeda): *La fábrica*.—248.* Blanca de los Ríos: *Madrid goyoso*.—249.* Felipe Sassone: *Viendo la vida*.—250.* Benito Pérez Galdós: *Gerona*.—251.* Jacinto Octavio Picón: *Rivales*.—252.* G. Martínez Sierra: *Torre de marfil*.—253.* A. Hernández-Catá: *El pecado original*.—254.* Arturo Reyes: *El Niño de los Caireles*.—255.* F. García-Sanchiz: *Historia romántica*.—256.* Felipe Trigo: *El gran simpático*.—257.* Ramón M. Tenreiro: *E irujamiento*.